

**TRIBUNA | JUSTICIA** La responsabilidad sobre un atentado no acaba al dejar atrás la cárcel, igual que la pena para las víctimas no tiene fecha de caducidad: ellas, como los asesinos o los secuestradores, nunca dejan de serlo

## Otegi y la serenidad debida

MARÍA JIMÉNEZ RAMOS

LA ESCRITORA y cineasta francesa Marceline Lori-dan-Ivens se describía a menudo como una «chica de Birkenau». Su lugar de referencia podría haber sido su barrio de Épinal o el pueblo de sus padres, judíos polacos que habían emigrado a Francia. Sin embargo, el sitio que había determinado su vida era el campo de concentración al que la llevaron cuando tenía 15 años y al que sobrevivió. Admitía que ella y otros supervivientes no eran «solo lo que nos pasó», pero, al mismo tiempo, reconocía que una parte de sí mismos se estancaba para siempre en el momento del trauma. Y que, como la habían detenido en plena rebeldía adolescente, su cómputo de años, su lugar de referencia vital, su propia definición perentoria había sido la de una chica rebelde de Birkenau.

La investigación que este periódico ha desmenuzado sobre el historial policial de Arnaldo Otegi y los atentados de ETA político-militar deja al descubierto los traumas que esta escisión de la organización terrorista provocó en sus víctimas. La retahíla de secuestros empuja a preguntarse cuántas personas se estancaron para siempre en aquellos momentos traumáticos que los terroristas provocaron: cuando jugaron a la ruleta rusa con el directivo de Michelin Luis Abaitua, cuando trasladaron en el maletero de un coche al político Javier Rupérez sin desvelarle si el destino era su libertad o su muerte o cuando insuflaron el miedo al profesor universitario Juan de Dios Doval, que en el funeral del militante de UCD Jaime Arrese afirmó que el siguiente sería él. En efecto, lo fue.

El relato de estas acciones terroristas nos lleva, inevitablemente, a mirar hacia quienes las perpetraron. El periodista Mario Calabresi, hijo del comisario italiano Luigi Calabresi asesinado en 1972, afirma que una persona puede ser un ex terrorista, pero no puede ser un ex asesino. A la luz de esa lógica, tampoco un ex secuestrador. Pero, si siguiendo la reflexión de «la chica de Birkenau», un superviviente no es solo lo que le pasó, tampoco un terrorista es solo lo que hizo, sino también lo que decidió hacer después con el daño que causó. Se trata de un precipicio moral al que hay distintas formas de asomarse y algunas son radicalmente diferentes a las que han elegido la mayoría de los miembros de ETA.

Adriana Faranda nació en el pequeño pueblo siciliano de Tortorici en 1950, siete años antes de que Arnaldo Otegi lo hiciera en Elgoibar. En 1973, Faranda fundó el grupo Lucha Armada Poder Proletario, su pasarela a la dirección de las Brigadas Rojas. En 1978 cuando Otegi llevaba un año en las filas de ETAp, Faranda participó en el secuestro y asesinato del po-

lítico democristiano Aldo Moro. Aquel atentado golpeó a la sociedad italiana y atrajo la atención de los medios de comunicación internacionales, y muy probablemente también de los *polimilis*: cuando en 1980 secuestraron y asesinaron al militante de UCD José Ignacio Ustarán y dejaron su cadáver en un coche aparcado junto a la sede del partido, resultó inevitable encontrar paralelismos con el crimen del político italiano.

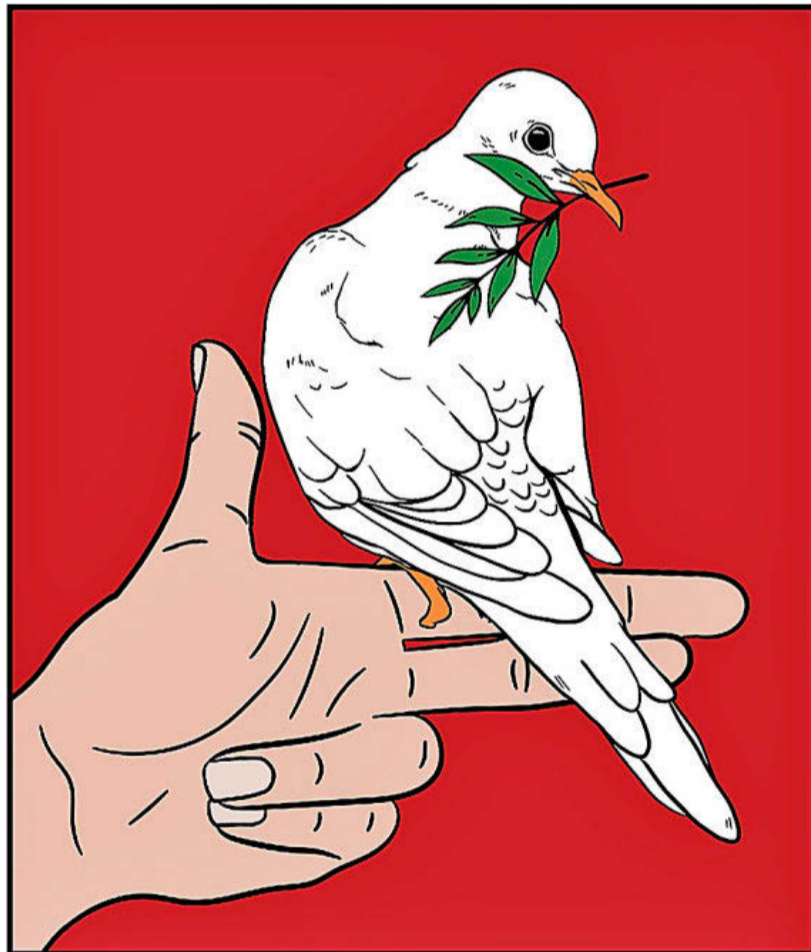
El asesinato de Aldo Moro se convirtió en un punto de no retorno en la biografía de Adriana Faranda. Ella había amparado su secuestro, pero no estuvo de acuerdo con la decisión de acabar con su vida y abandonó las Brigadas Rojas. En 1979 fue detenida y, junto a su pareja, Valerio Morucci, se sumó a la vía de la disociación, un proceso por el que miembros de la organización terrorista se comprometieron no solo a abandonar la práctica de la «lucha armada», sino a renegar de ella en términos políticos para cuestionar las causas profundas que los habían llevado a elegir la violencia. En otras palabras, a deslegitimarla. En el proceso se enfrentaron a los irredentos. Sus otrora compañeros de filas llegaron a amenazarles y agredirles, pero el grupo crítico se hizo fuerte y los irreductibles, aquellos que seguían defendiendo la pertinencia del terrorismo, que solo reconocían algunos errores puntuales y que defendían una retirada estratégica sin renegar de su pasado porque la «guerra» no había terminado, quedaron reducidos a una minoría. Frente a la tentación de pensar en la singularidad histórica del terrorismo en España, basta levantar la mirada para comprobar que las similitudes saltan a la vista.

En su alejamiento de la violencia, Adriana Faranda se enfrentó al dilema de qué hacer con el daño que había provocado. En entrevistas y conferencias ha contado que, cuando fue consciente de que había cometido errores irreparables y había provocado un dolor inmenso a otras personas, deseó expresar públicamente su propia amargura. «Pedir el perdón de las víctimas sería una nueva forma de violencia: ponerles ante el dilema de perdonar o no perdonar añadiría dolor al dolor. Tampoco se puede resarcir. Pero quizá se puede contribuir a serenar», declaró en una entrevista a *El País* en 2006. Su forma de serenar fue reunirse con las víctimas que accedieron a conversar con ella, vender su casa y donar la suma a Cáritas, que la distribuyó entre las familias de las víctimas que lidiaban con estrecheces económicas. Otra forma de serenar consistió en contar públicamente su historial terrorista y su autocrítica y hacerlo, incluso, junto a una de sus víctimas, Agnese Moro. En una ocasión, Faranda explicó entre lágrimas que una de las mejores cosas que le había dado la vida era su amistad con la hija de Aldo Moro.

Quienes en algún momento de sus biografías han pertenecido a ETA se han asomado ya al precipicio moral al que a finales de los 70 se enfrentó Adriana Faranda. Y ya han decidido qué hacer con el daño que provocaron. Puede que algunos dieran por saldadas sus cuentas el día que cumplieron sus condenas, si es que las tuvieron. Las sucesivas investigaciones historiográficas y periodísticas, como el libro *Héroes de la retirada. La disolución de ETA político-militar* (Tec-

nos), ponen de manifiesto una verdad incómoda: que hay un porcentaje elevado de acciones terroristas que no se han resuelto ni se van a resolver y, con ello, un número elevado de terroristas que nunca va a responder por sus delitos. La cuestión, sin embargo, es que la responsabilidad sobre un atentado no acaba cuando se deja atrás el rubicón de una cárcel, igual que la pena para las víctimas no tiene fecha de caducidad. Porque ellas, como los asesinos o los secuestradores, nunca dejan de serlo.

ESTOS días se cumplen doce años desde que ETA anunció el final de la violencia. El postterrorismo ha traído situaciones inéditas: con la organización terrorista fuera del tablero, las exigencias cívicas que se dirigen a las víctimas son inversamente proporcionales a las exigencias políticas que se requieren a los verdugos y a su entorno. A ellas se les pide generosidad, pasar página en beneficio de una prometida convivencia y hasta asumir que la impunidad es un precio necesario. Ellos, sin embargo, han visto rebajados sus requisitos para ser un agente más del tablero político y se benefician de que, lejos de una crítica profunda a las raíces políticas de la violencia, el relato histórico sobre el que se construyó ETA sigue acumulando un importante apoyo social y electoral. Construcciones como el mito antifranquista en torno a la organización o el culto al gudari continúan arraigadas. La teoría del conflicto desborda los límites de la izquierda abertzale y atraviesa el mundo nacionalista arengada por una memoria hecha a medida.



SEAN MACKAQUI

### Pocos de los vinculados a ETA parecen pensar en hacer autocrítica y condenar la violencia

Al menos públicamente, y no resulta desmedido pensar que también privadamente, pocas personas vinculadas en algún momento a ETA parecen pensar en hacer una revisión crítica de su pasado ni en condenar sin ambigüedades la violencia. Tampoco Arnaldo Otegi que, en su autofelicitación por el final de la «actividad armada» de ETA, ha criticado a los «enemigos de la paz». En un momento de exigencias menguantes, cabría recordarle que las lagunas de su biografía que ha desvelado este periódico dejan tras de sí, cuanto menos, un profundo debe de serenidad.

**María Jiménez Ramos** es profesora de la Universidad de Navarra y autora de 'El tiempo del testimonio. Las víctimas y el relato de ETA' (Comares, 2023)